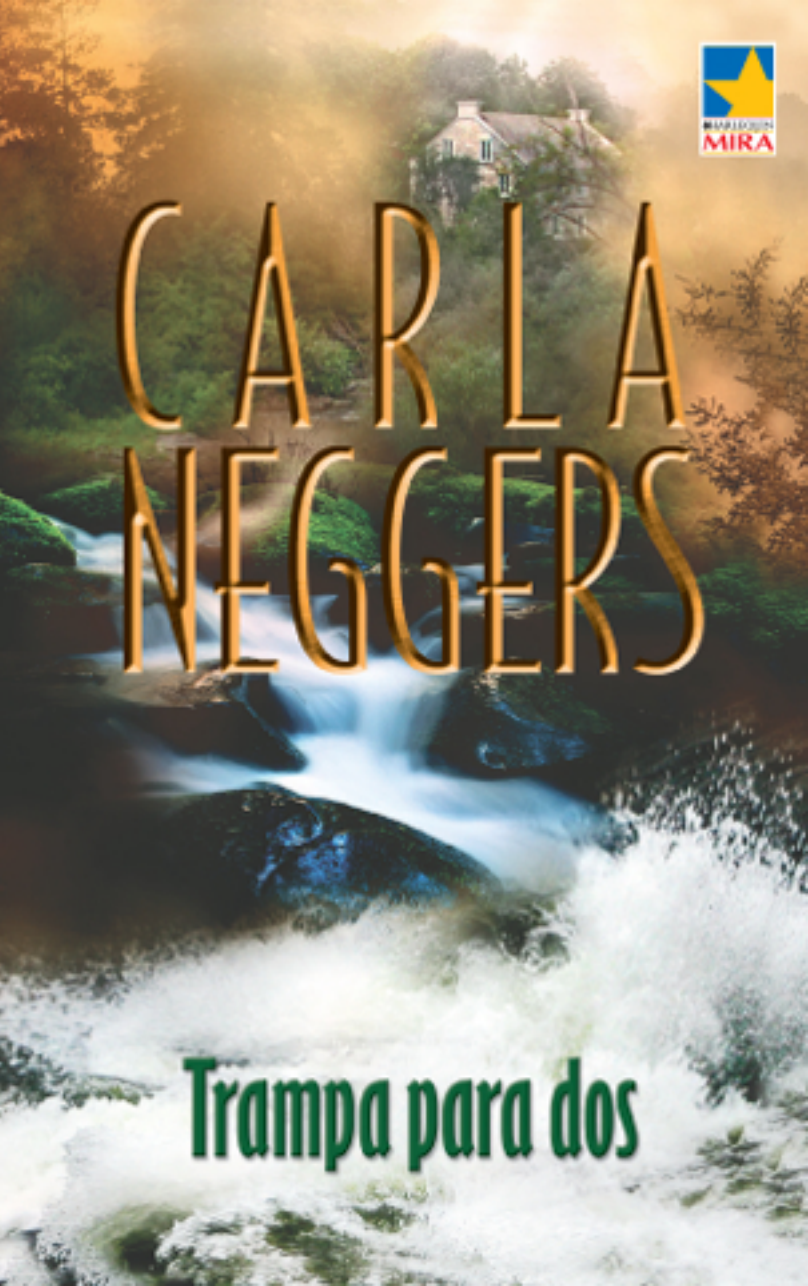

MIRA
CARLA NEGGERS
Trampa para dos

1

Maggie Spencer estaba de pie, paralizada, frente a la vitrina de cristal de una pequeña pastelería holandesa, no muy lejos de su apartamento. *Decisiones, decisiones*. Había llegado a la embajada americana en La Haya hacía tres semanas, su primer destino extranjero como oficial de seguridad diplomática, y ya se había enamorado del pan holandés.

—Dentro de dos meses, matarás por un Krispy Kreme.

Maggie se rió cuando Thomas Kopac, un diplomático de la embajada, se unió a ella.

—Ten cuidado. Estoy tratando de dejar las virutas de chocolate.

—Ah. *Hagelslag*. Es más un postre que un desayuno.

—También lo son los Krispy Kreme —dijo Maggie con una sonrisa—. Tú mismo lo has dicho. *Hagelslag*. Mi vocabulario holandés va ampliándose,

pero la pronunciación… Olvídalo. Nadie entiende lo que digo.

Pero había tomado pan con mantequilla y virutas de chocolate durante dos mañanas consecutivas y decidió pedir una crepe con gouda ahumado.

Tom no pidió nada.

—Te he visto por el escaparate y he entrado para hacerte sentir nostalgia de tu país.

—¿Te parezco de las que comen donuts sin parar?

—No, no. No me refería a eso.

Salieron a la calle, bajo el sol de finales de agosto. La lluvia nocturna se había llevado la humedad y la contaminación del aire, haciendo que florecieran los capullos de todos los jardines. La embajada estaba a tan sólo unas pocas manzanas. Maggie caminó cómodamente con Tom, un hombre calvo de cincuenta y pico años que nunca se había casado, un oficial del servicio extranjero que nunca conseguiría llegar a lo más alto de su profesión. Era el típico que llevaría el mismo traje durante varios días seguidos. Su trabajo era su vida. Maggie intentaba conseguir un poco más de equilibrio para sí misma, pero no era fácil. Aun así, había cumplido treinta años en julio y había aprendido por las malas que la vida era demasiado corta.

No había nada romántico en la actitud amistosa de Tom.

—Puedes comerte el *broodje* delante de mí —dijo él—. Yo lo haría.

—¿Parezco hambrienta?

—Muerta de hambre —contestó él sonriendo.

—Tendré que correr por las calles después del trabajo para quemar las calorías extra.

A pesar de los desayunos holandeses, se mantenía en forma. Con uno sesenta y cinco de estatura, no po-

día contar con su tamaño para sacarla de un apuro. El ejercicio, el entrenamiento y la experiencia eran el truco.

Y también la suerte.

Siempre estaba el factor suerte. Pero, dado que la suerte no era su mejor amiga, no contaba con ella.

—Mira ahí —dijo Tom—. Tu pelo es del mismo color que esas rosas.

Maggie observó el conjunto de rosas rojas-anaranjadas que había junto a una puerta.

—No es tan rojo.

—¿El pelo rojo es por tu madre o por tu padre?

—Por mi padre.

—Lo siento —dijo él tras vacilar un momento—. No quería decir…

—No pasa nada. No me importa hablar de él —sonrió para demostrar que no estaba simplemente siendo amable—. Mi ansia por viajar también es un rasgo de los Spencer.

El día que había llegado a La Haya, era el día en que se cumplían dieciocho meses de la muerte de su padre. Philip Spencer, el típico hombre de negocios americano, se había encontrado de bruces con el atraco a un banco en Praga.

La suerte tampoco había estado presente ahí.

Los ladrones aún no habían sido detenidos. Nadie parecía buscarlos con demasiado ahínco.

Maggie dejó de intentar resistirse, sacó la crepe de la bolsa y le dio un mordisco, saboreando el queso y la suavidad de la masa. Tenía que establecer sus rutinas, centrarse en su trabajo y seguir hacia delante con su vida. No podía quedarse anclada en el pasado. Y su trabajo no era investigar la muerte de su padre.

Tom y ella caminaron por Lange Voorhout, una

calle llena de árboles y de edificios históricos de la que se decía que era una de las más bonitas de La Haya, o, como era conocida en el holandés formal, *Gravenhage*. Incluso los holandeses lo abreviaban diciendo *Den Haag*. Aunque Amsterdam era la capital oficial, en La Haya se encontraba la sede del gobierno holandés y la residencia de su familia real, así como docenas de embajadas extranjeras y el Tribunal Internacional de Justicia.

Se decía que la embajada americana era el edificio más feo de toda Lange Voorhout, posiblemente el más feo de toda la ciudad. La embajada original había sido destruida accidentalmente por una bomba aliada durante la Segunda Guerra Mundial.

—Disfruta de tu desayuno —dijo Tom cuando llegaron—. Y no trabajes demasiado duro.

—Mira quién fue a hablar.

—Yo no —dijo él riéndose—. Un día de dieciocho horas es mi límite.

Maggie se dirigió a su mesa, se sirvió una taza de café y se sentó. Siendo agente especial del Servicio de Seguridad Diplomática del Departamento de Estado de Estados Unidos, tenía un gran rango de tareas y responsabilidades. Lo primero y más importante era la seguridad del personal de la embajada, de la propiedad y de la información, ya fuera dentro o fuera del edificio, y la seguridad de los ciudadanos americanos en el país. Había realizado seis meses de formación en Brunswick, Georgia, y luego había trabajado en las oficinas de seguridad diplomática de Estados Unidos durante cuatro años, investigando fraudes. Había llegado a La Haya directamente desde la oficina de Chicago, trabajando en la investigación de una red de tráfico de visados falsos que había cul-

minado con la detención de los tres americanos responsables de la estafa.

Maggie se terminó la crepe y dio un trago al café.

El hecho de que su padre hubiera muerto durante el atraco a un banco en Praga no había hecho que su seguridad mermara, ni parecía preocuparle a nadie, salvo a su jefe, que mostraba compasión por ella.

Pero a ella sí le preocupaba.

Aunque había tenido que dejar sus preguntas y sus dudas aparcadas a un lado de su mente, pues no ganaría nada metiendo las narices en la investigación sobre el asesinato de su padre. La embajada americana en Praga y el FBI la mantendrían informada de cualquier progreso. Ella tenía su propio trabajo.

Se sumergió de lleno en él y, a media tarde, se dio cuenta de que se había olvidado de comer. Encontró unos panecillos con mantequilla de cacahuete en su escritorio y abrió una botella de agua mientras revisaba su correo electrónico.

Asunto: Nick Janssen.

Tras leer el asunto del correo, se dio cuenta de que era de una cuenta que no conocía. Lo abrió y lo leyó sin parar. Luego lo releyó, más despacio.

Agente especial Spencer:

Debe darse prisa.

Nick Janssen está en 's-Hertogenbosch, cerca de la entrada al paseo en barco del Binnendieze. Si es necesario, puedo retenerlo allí durante una hora más. Pero, por favor, dese prisa si quiere atraparlo.

Atentamente,

Un amigo.

Maggie leyó el correo hasta cuatro veces.

Una broma. Tenía que ser una broma.

Nick Janssen era un fugitivo americano con la peculiaridad de estar en las listas de los más buscados del FBI y de la policía de Estados Unidos. Había huido del país un año antes para evitar ser procesado por evasión de impuestos. Aquello era suficiente para colocarlo en el punto de mira, pero no era considerado violento. Luego, había intentado obtener mediante extorsión un indulto presidencial, un desastre que había acabado con tres policías heridos y tres de los hombres de Janssen muertos. El hecho de que todo el asunto hubiera llegado al clímax en Tennessee, en el patio de la que había sido la casa durante su infancia del presidente de Estados Unidos, no había ayudado mucho.

Como si eso no fuera suficiente, los antecedentes de Janssen lo describían como el violento cerebro de una operación criminal de compra venta de armas ilegales y droga.

Charlene Brooker, una capitana del ejército americano, había sido la primera persona en sospechar de él como algo más que un simple evasor de impuestos. Janssen había ordenado que la mataran el otoño pasado, cuando ella estaba en Amsterdam.

Él mismo estaba en Amsterdam durante todo el asunto del indulto en mayo y había conseguido desaparecer poco después de que todo estallara.

Todo el mundo quería encontrarlo.

Desde que llegara a los Países Bajos, Maggie había trabajado con varios investigadores en el caso Janssen, pero no se le ocurría ningún «amigo» que pudiera saber el paradero de Nicholas Janssen y fuera a alertarla por correo electrónico.

‘s-Hertogenbosch era una pequeña ciudad de la provincia holandesa de Noord-Brabant.

Maggie no tenía ni idea de lo que era Binnendieze. ¿El nombre de un canal? ¿Una compañía de paseos en barco?

Tenía que darse prisa.

Eran casi las cuatro.

Maggie dejó olvidados los panecillos y se levantó para ir a buscar a su jefe.

Libby Smith recibió con placer la brisa que parecía emanar del Binnendieze, el canal que rodeaba casi toda la vieja ciudad de 's-Hertogenbosch.

—¿Qué les ha ocurrido a sus perros?

—¿Qué? —Nick Janssen pareció confuso, pero era evidente que no había disfrutado de su encuentro desde que ella se sentara junto a él en el banco. Había dicho que era su lugar favorito en la actualidad—. ¿Cómo sabe lo de mis perros?

—Eran de Rodesia, ¿verdad?

Nick se había teñido el pelo de negro. Por muy conocido que fuera, era poco probable que nadie lo reconociera en aquella pequeña ciudad al sur de Holanda, aunque no se hubiera teñido el pelo.

Los turistas, la mayoría holandeses, hacían cola para subir a bordo del barco que los llevaría de paseo por el canal.

Libby estaba aburrida. Se había puesto una falda vaquera, una camiseta barata y sandalias ergonómicas, y llevaba una bolsa al hombro cargada con su parafernalia de turista habitual. Su Beretta del calibre 22 estaba guardada dentro de su chubasquero de viaje.

Si era necesario, podría sacarla, disparar a Nick Janssen y marcharse antes de que nadie se diera

cuenta de lo que había ocurrido. Si la gente no esperaba que él fuera un fugitivo internacional, tampoco esperaría que ella fuera una consumada asesina.

Pero esperaba que no fuera necesaria la violencia. Tenía grandes planes para la nueva relación con su compatriota americano.

—Tuve que deshacerme de ellos —dijo él.

Libby casi había olvidado que había preguntado por ellos.

—Qué pena. Aun así, sería difícil darse a la fuga con dos perros, fueran lo grandes que fueran.

—Samkevich no debería haberla enviado aquí —dijo Janssen secamente—. Deberíamos habernos reunido en otra parte.

—Eso también habría entrañado otros riesgos.

Vlad Samkevich, un ruso que vivía en Londres, era un conocido traficante de armas por cuyo arresto también ofrecían una importante recompensa. Pero no era tan rico ni estaba tan desesperado como Janssen, y Libby necesitaba a alguien que fuera las dos cosas.

Janssen miró a los turistas hablando en voz alta entre ellos.

—Samkevich dice que ha trabajado para él. Parece joven. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—Parece más joven.

No era un cumplido. Era pequeña y delgada, y, aunque su pelo corto era prematuramente gris, no le echaba años encima todavía. Era su estatura y su cara lo que hacía que la gente la considerase más joven, siempre demasiado joven.

—Puedo hacer este trabajo, señor Janssen —dijo ella—. Simplemente, deme su lista.

—Necesito que demuestre lo que vale.

—Ya lo he hecho.

—¿Cómo? —preguntó él mirándola fijamente.

—Maté a Vladimir Samkevich antes de marcharme de Londres, hace dos días.

Janssen no pareció reaccionar. No mostró sorpresa, ni respeto, ni rabia.

Libby respondió de igual forma, manteniendo su mezcla de satisfacción y miedo para sí misma. ¿Y si se había equivocado? Sabía que no. El hombre sentado a su lado no tenía mayor simpatía por el ruso de la que ella tenía.

—Samkevich no era amigo suyo. Las autoridades no tienen pruebas sólidas sobre usted. Fue tan víctima en mayo como cualquier otro. No disparó a los dos agentes en Central Park ni secuestró a los Dunnemore en Amsterdam. Su amigo tenía sus propios planes.

Janssen emitió un pequeño sonido al oírla mencionar a Stuart y Betsy Dunnemore, padres de uno de los agentes heridos, amigos de John Wesley Poe, el actual presidente de Estados Unidos. Libby no sabía si debería haber sacado el tema. Janssen había creído estar enamorado de Betsy, su antigua compañera de la universidad, y había intentado manipularla para interceder en su nombre con Poe.

Había pensado que Betsy plantaría a su marido diplomático y se casaría con él.

Pero Libby comprendía lo que era tener sueños imposibles, sueños que todo el mundo consideraba descabellados. Aunque a la gente le daba igual los sueños y esperanzas de los demás. A Nick Janssen le daba igual. Había deseado un indulto presidencial y había dejado claro que pagaría por él. No le importa-

ba quién pudiera salir perjudicado en el proceso. Su ceguera a la hora de ver las aspiraciones de los demás le había explotado en la cara.

Al ver que Janssen no hablaba, Libby continuó:

—Dejó que un tipo lo utilizara en mayo para sus propios fines. Los dos hombres que usted envió a los Estados Unidos para ocuparse de él podrían haber sido un problema también, pero ahora están muertos. No pueden testificar contra usted. Eran dos de sus más preciados guardaespaldas, ¿pero quién dice que no lo hubieran traicionado?

—¿Qué tiene que ver eso con Samkevich?

—Él sí podría testificar contra usted. Las autoridades estaban a punto de encontrarlo. Él lo sabía. Habría hecho un trato con ellos en un abrir y cerrar de ojos, lo habría delatado a usted a cambio de una sentencia menos severa.

—Tiene razón —dijo Janssen tras pensarlo un momento—, por supuesto.

Libby ocultó su alivio.

—No quiero que me paguen por ello —dijo.

—Su cuerpo…

—No será descubierto hasta dentro de varios días.

—Es usted una mujer muy fría, señorita Smith.

—Soy buena en lo que hago.

—Ésta es una ciudad agradable —comentó Janssen, ausente—. Podría haberme quedado aquí durante un largo tiempo. Estuve en una isla cerca de la costa de Escocia durante dos meses. ¿Lo sabía?

—No —mintió ella.

A Janssen pareció gustarle eso, pensar que estaba por encima de ella en algo.

—La comida era terrible. Aquí… —suspiró tranquilamente—. Me siento seguro.

—Por supuesto.

—Quiero ver la tumba de mi madre —dijo con voz suave, pero sin tonalidad, como si hubiese pronunciado aquellas palabras tantas veces, que hubieran perdido su significado y se hubieran convertido en una fantasía—. Se puede ir andando desde el lugar en el que me crié, al norte de Virginia. Murió el invierno pasado.

Libby se estremeció. Ella había ido a visitar la tumba de su padre una vez, sólo para poder escupir en ella.

—Lo siento. ¿Tiene la lista?

—Sí —contestó Janssen volviendo a mirarla—. Realmente es usted muy fría —añadió sacando una tarjeta blanca del bolsillo de su camisa y entregándosela después—. Diez nombres. Cien mil dólares por cada uno.

Libby se metió la tarjeta en el bolso y dijo:

—Excelente.

—No ha mirado ninguno de los nombres.

—Ya habrá tiempo para eso. Necesitaré un depósito de cien mil dólares en mi cuenta.

—Me ocuparé de ello —dijo Janssen asintiendo con la cabeza—. Si me arrestaran…

—Trabajaré más deprisa y esperaré una recompensa. El doble.

—Eso son dos millones de dólares.

—Cómo son ustedes, los ricos magnates —dijo Libby con una sonrisa mientras se aferraba con fuerza a su bolso—. Muy buenos en Matemáticas.

Se levantó suavemente, dándose cuenta de cómo Janssen se fijaba sólo brevemente en sus pechos. Estaría inmerso en sus propios problemas.

Miró su reloj. Eran las cuatro y cuarto. ¿Qué podría hacer el resto del día?

—Quiero que todo esto acabe —dijo él suavemente.

—Acabará. Paciencia.

—¿Y la recompensa?

Libby había comenzado a alejarse del banco, pero las palabras de Janssen hicieron que se detuviera.

—Cualquier recompensa será pagada sólo después de mi liberación —añadió él con voz fría—. No quiero que saque ideas equivocadas.

—Por supuesto. Lo comprendo.

Libby comprendía que uno o dos millones, cualquier cantidad que Janssen acabase pagándole, era una suma minúscula para él. Y ella no quedaría satisfecha. Estaba cansada de jugar por poco, de ser una asesina a sueldo, una fuerza anónima en un juego más grande.

Lo quería todo, y Nick Janssen era su vehículo para conseguirlo.

«No tienes ningún sentimiento de compasión, ¿verdad?».

Aquellas palabras surgieron de la nada. Un mero recuerdo. Philip Spencer podría haber estado colgado de la rama de un árbol cercano, hablándole desde el más allá.

El corazón le dio un vuelco y Libby miró a su alrededor, sólo para asegurase de que Philip no se hubiera materializado en su sombra.

Él había intentado salvarla de sí misma.

Libby dejó a Janssen en el banco y se alejó apresuradamente. Miró a su alrededor y vio a un hombre calvo con traje apartarse de la cola de gente esperando para subir al barco y comenzar a caminar por la calle.

Sintió un escalofrío por la espalda.

Algo iba mal.

Entró en una pequeña cafetería y se sentó junto a una mesa, de espaldas a la pared para poder ver la parte de fuera.

El hombre calvo había desaparecido.

Libby tenía un buen instinto. Era una tiradora excelente. Pero no estaba entrenada para vigilar. Mayoritariamente, se las apañaba reuniendo el valor necesario y aceptando los riesgos, y gracias a lo inesperado de ser una mujer pequeña de treinta y pico años que mataba a gente por dinero.

Era posible que se hubiera equivocado.

Dio un mordisco a la galleta que le sirvieron con el café.

Cinco minutos después, Nick Janssen se levantó del banco y se estiró.

Se acercó a una verja que daba al estrecho canal.

Pasaron otros diez minutos. Janssen parecía atónito. Libby se bebió el café y pensó que algo no iba bien.

Janssen se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la calle. Apareció la policía holandesa.

Un *Arrestatieteam*, la versión holandesa de los SWAT. Se movieron deprisa, interceptando a su objetivo, dándole órdenes en inglés, poniéndole las esposas.

Libby se unió a los mirones que se acumulaban en las mesas de fuera.

No había rastro del hombre calvo. ¿Sería un oficial de policía?

¿La habría visto en el banco con Janssen?

Janssen cedió sin resistirse. No era un luchador. Confiaba en otros para que lucharan por él.

Y para que mataran.

Libby pagó el café, preguntándose si Janssen la culparía a ella de su arresto.

Había poco que ella pudiera hacer si ése era el caso.

Mientras tanto, tenía un trabajo que hacer.

Diez nombres que memorizar. Diez personas que matar.

2

Rob Dunnemore apuntó su Glock del calibre 40 y descargó la munición sobre la silueta situada a casi veinticinco metros de distancia.

Cuatro meses antes, él había sido el objetivo. Vivo, no una silueta de papel.

Incluso con protección para los oídos, podía oír el retumbar de los tiros. Él no se estremeció. Estaba cubierto en sudor bajo su chaleco antibalas. Había vaciado dos cajas de munición y sentía el calor en los hombros y en la espalda, otro recordatorio más de que estaba falto de práctica.

Se echó hacia atrás y luego se aseguró de haber contado bien los tiros y de no haberse dejado ninguna bala en la recámara. No quería echar a perder su reputación disparándose en un pie. Disparar era una habilidad perecedera, y él estaba oxidado. No había practicado mucho desde que recibiera un balazo en la tripa en Central Park cuatro meses antes.

Había estado a punto de morir desangrado. Había perdido el bazo. Tendido en la cama del hospital, indefenso, había estado a punto de perder a su familia.

No habían sido unos días felices.

Tras quitarse las gafas y las orejeras, advirtió el olor a humo de la pólvora. Tenía la pistola agarrada con más fuerza de la que era necesaria.

Se aseguró de que el arma estuviera limpia y con el seguro puesto, luego la dejó sobre el mostrador de madera que tenía delante y acercó la diana hasta él.

Treinta disparos certeros. Uno fallido.

No estaba mal. Había estado a punto de lograr un cien por cien.

El resto era un juego mental que nada tenía que ver con la destreza técnica.

Alguien abrió la puerta que tenía detrás.

—No dispares —dijo Juliet Longstreet con su habitual descaro—. Soy yo.

Pero Rob observó, a juzgar por la expresión de su cara, que algo le pasaba a su compañera, de modo que desenganchó la diana y se aflojó el chaleco.

—Hola, Longstreet.

—¿Qué tal? —preguntó ella, señalando con la cabeza hacia la diana.

Rob se la mostró.

Juliet emitió un silbido y dijo:

—Estarás de vuelta en la calle en nada de tiempo, atrapando a los malos.

Notó que hablaba sin fuerza. Definitivamente, algo había ocurrido.

—Juliet…

—Nick Janssen ha sido arrestado —dijo ella rápidamente.

—¿Dónde?

—En una ciudad de Holanda. Un equipo de los SWAT holandeses lo atrapó gracias a una pista proveniente de nuestra embajada allí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de horas.

Rob trató de apartar de su mente la imagen de un joven Nick Janssen en el anuario de la universidad de su madre y observó a Longstreet. Habían sido pareja durante un tiempo, separándose amistosamente antes del tiroteo en mayo. Juliet tenía sus propios demonios sobre aquellos difíciles días; había estado a punto de convertirse en una de las víctimas de Janssen.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí. Es como revivirlo todo, eso es todo. Ya era hora de que atrapáramos a ese bastardo.

—¿Se ha hablado de extradición?

—Los abogados ya están en ello. Los holandeses dicen que tienen suficientes pruebas como para acusarle del asesinato de Char Brooker. Si no podemos hacerlo mejor que eso… —Juliet se encogió de hombros y luego sonrió—. No es que tuviera éxito al intentar matarnos a los dos.

—No es que no lo intentara.

—Sí, bueno. Los dos matones que envió aquí para descubrir qué estaba pasando están muertos.

Ella y un antiguo oficial de las fuerzas especiales, el marido de la difunta capitana del ejército Charlene Brooker, habían encontrado los cuerpos. Un lunático del pasado de los Dunnemore había pensado que podría usar sus conocimientos sobre su relación con el presidente Poe para conseguir un indulto para Nick Janssen y ganar millones por sus esfuerzos.

La historia, con todas sus complejidades e impli-

caciones, había sido cebo para los medios de comunicación durante semanas.

—¿Se ha hecho pública ya la noticia del arresto? —preguntó Rob, dejando de lado sus propias emociones.

Juliet negó con la cabeza.

—Tú y yo tenemos la primicia antes de que los periodistas empiecen a llamar.

—¿Para qué? ¿Para preguntar cómo nos sentimos ahora que Nick Janssen está bajo custodia?

—Por ejemplo.

—No pienso hablar con los periodistas.

—Yo tampoco.

La sala de tiro estaba curiosamente tranquila. Rob aún podía oler la pólvora de sus balas.

—¿Quieres disparar un poco? —le preguntó a Juliet.

—Soy mejor tiradora que tú.

—Siempre has sido la ambiciosa.

Ella sonrió, sin ofenderse como lo habría hecho seis meses atrás.

—Simplemente describo los hechos, Dunnemore. Deja que me ponga las orejeras y las gafas. Hace demasiado calor para llevar chaleco.

—Ponte un chaleco, Juliet.

—Sí. Supongo que debería, teniendo en cuenta mi suerte últimamente.

—Supongo que deberíamos sentirnos aliviados ahora que Janssen está bajo custodia.

—Supongo. ¿Entonces por qué siento que va a ocurrir algo más próximamente? No suelo ser tan paranoica.

Rob no tenía una respuesta.

Ya fuera por instinto o por el estrés postraumático

en el trabajo, el hecho era que compartía con ella la sensación de miedo.

Para cuando Maggie regresó a su apartamento, era más de medianoche. Sin dudar un instante, la policía holandesa había seguido las indicaciones de su anónimo y había detenido a Nick Janssen sin mayor problema. No tenían ni idea de quién era su amigo o amiga misterioso. Ella tampoco lo sabía. Estaba hambrienta de nuevo y se calentó las sobras de arroz indonesio que tenía, que se comió de pie y sin dejar de dar vueltas por el piso, pues estaba demasiado inquieta como para sentarse.

Su mirada aterrizó en una foto de su padre en una barca al sur de Florida. Sonreía. Recordaba cómo sus ojos brillaban cada vez que sonreía. Trabajaba como consultor para pequeños negocios, sobre todo en Europa del Este y Rusia, supuestamente. Maggie tenía sus dudas, más desde su muerte. Había pequeñas cosas que no encajaban. Sospechaba que su padre jugaba algún papel en el multifacético mundo de la inteligencia, un papel del que no podía hablar ni siquiera con su hija. Según la pena de Maggie había ido disminuyendo, sus preguntas habían ido centrándose, aunque las respuestas no aparecían con facilidad. Odiaba la idea de que tal vez tuviera que acostumbrarse a vivir con sus preguntas.

Pero su padre siempre había sido una figura remota para ella. Incluso cuando era pequeña, él nunca estaba cerca. Su madre finalmente había decidido que no podía soportar sus ausencias por más tiempo y se habían divorciado cuando Maggie estaba en el instituto. Él no había cambiado su actitud. No podía.

Maggie entendía esa parte. Ella tenía la misma necesidad de viajar.

—Bueno, Pop —dijo mientras hundía la cuchara de madera en el arroz—, hoy hemos atrapado al malo.

No sabía si su padre realmente había llegado a aprobar su trabajo en la seguridad diplomática. Había parecido conforme con su título universitario en Ciencias Políticas, y luego con su primer trabajo en el Departamento de Estado. Maggie había albergado la esperanza de que su decisión de convertirse en oficial de seguridad diplomática y la idea de una carrera en el servicio extranjero pudieran haberlo intrigado, pero su padre se había mantenido al margen de su vida, no desinteresado, pero sin ser parte de ella.

El agente especial a cargo de su oficina le había dado la noticia de la muerte de su padre en persona.

Philip Spencer simplemente se encontraba en el lugar equivocado a la hora equivocada.

Sólo que Maggie no se lo había creído. Seguía sin creérselo. Las autoridades checas, las autoridades de Estados Unidos… no le estaban contando toda la verdad. Maggie había investigado por todas partes, preguntado a todo el mundo, pero siempre obtenía la misma respuesta.

Disparado por unos atracadores de banco que se habían fugado.

Mentira. No había testigos. Los periódicos, incluso en Praga, no se habían hecho mucho eco de la noticia. La reacción que Maggie había obtenido de los investigadores se reducía a nada. Pero finalmente se había resignado. ¿Qué sentido tenía meter las narices en el asesinato de un hombre al que había visto media docena de veces en los cinco años anteriores a su muerte?

Maggie dejó el resto del arroz en el fregadero y

llenó la cacerola de agua, dejándola hasta la mañana siguiente.

Nadie, ni las autoridades holandesas ni en la embajada americana, celebraba el arresto de Nick Janssen. Por muy contentos que estuvieran de tenerlo bajo custodia, sabían que sus tentáculos eran largos. Aún quedaba mucho trabajo por hacer.

Los medios de comunicación se hacían eco de la historia. Los oficiales de asuntos públicos de la embajada, así como el FBI estaban haciendo preguntas. Los abogados de Janssen ya se habían pronunciado. El hecho de que Maggie había colaborado en la detención había salido a la luz.

De camino a la cama, observó que la única planta que tenía, una orquídea, parecía muerta. Se suponía que era una variedad difícil de matar, pero a ella le había llevado menos de tres semanas.

La llevó al fregadero, la empapó de agua y la dejó junto con las sobras del arroz. Quizá reviviera por la mañana. ¿A quién pretendía engañar? Aquella cosa estaba muerta. Esperar lo contrario no era ser optimista; era negarse a ver la realidad.

Y, aunque no fuera otra cosa, Maggie era una mujer decidida a ver la realidad.

Libby Smith dejó abierta la ventana de su habitación en aquel pequeño hotel a la vuelta de la esquina de donde la policía había arrestado a Janssen. Era muy descarado por su parte. Un riesgo. Pero no había razón para que las autoridades investigasen a los clientes del hotel. Incluso aunque lo hicieran, jamás sospecharían que ella pudiera ser algo más que lo que era: una anticuaria estadounidense en busca de gangas.

«¿Y si lo tenían vigilado y vieron cómo hablaba contigo en el banco?», pensó.

Si hablaban con ella y le preguntaban, diría que se había parado a descansar los pies y que habían charlado durante unos minutos sobre las vistas.

Le estaba costando trabajo refrescarse.

Se tumbó desnuda sobre la colcha de algodón y observó el brillo de su sudor gracias a la luz de la calle. Oía el tráfico, el sonido de la música proveniente de un lugar no muy lejano, las voces de la gente bajo su ventana, disfrutando de la cálida noche veraniega.

El depósito de cien mil dólares había sido ingresado en su cuenta. Janssen debía de haber preparado la transferencia de antemano.

Libby nunca había ganado tanto dinero.

Y sólo era el principio.

Había memorizado la lista de nombres de Janssen y la había quemado, tirando después las cenizas por el retrete.

Conocer a los enemigos de Janssen, y eliminarlos, le permitiría comprender cómo trabajaba y, con el tiempo, reemplazarlo.

Su arresto era inevitable, aunque se había producido un poco antes de lo que esperaba. Alguien debía de haberlo reconocido y llamado a la policía.

El hombre calvo; ¿quién sería? Cerrando los ojos, Libby respiró profundamente y trató de no sentir que se ahogaba, diciéndose a sí misma que ese hombre no tenía importancia. Sólo su plan la tenía, su próximo objetivo. La emoción del trabajo la había satisfecho al principio. Pero quería más. Dinero. Poder.

Sonrió para sí misma, relajándose, sintiendo que, por fin, tenía el control.

3

Nate Winter llegó a casa y se encontró a varios agentes del Servicio Secreto repartidos por el lugar, un recordatorio de lo mucho que había cambiado su vida en los últimos cuatro meses.

Su prometida, Sarah Dunnemore, estaba en el porche de atrás tomando pastel de melocotón con el presidente John Wesley Poe, que la consideraba como a la hija que nunca había tenido. Al juntarse, volvían a salir sus acentos sureños.

Nate tenía la sensación de saber por qué Poe estaba allí.

Nick Janssen.

El asesino multimillonario por fin estaba bajo custodia.

Hacía calor incluso a la sombra del porche, pero a la pareja de Tennessee no parecía importarle. Mientras buscaban una casa propia al norte de Virginia, Nate y Sarah vivían en una casa histórica de 1850 que ella es-

taba investigando y preparando para abrir al público. Supuestamente, estaba habitada por los espíritus de Abraham Lincoln y de Robert E. Lee. A Poe le gustaba bromear diciendo que desearía poder pedirles consejo a los dos. Pero Sarah, arqueóloga de Historia, se mostraba seria con respecto a los fantasmas.

Antes de conocerse, Nate era agente de policía dedicado a atrapar fugitivos y poco más.

Seguía siendo agente, seguía dedicado a su trabajo, pero ahora podía regresar a casa con Sarah, con los fantasmas, el pastel de melocotón y las ocasionales visitas del Presidente.

—Señor Presidente —dijo Nate—, cuanto tiempo.

Poe, que se había puesto en pie, se acercó a él y los dos se dieron la mano.

—Me alegro de verte, Nate. Sarah está echando a perder mi dieta con su pastel de melocotón.

Nate la había ayudado a recoger los melocotones de uno de los árboles del inmenso jardín de la casa, sabiendo que Sarah prepararía mermelada una noche. El pastel significaba que estaba triste, porque, de lo contrario, aún seguiría metida hasta las orejas en el viejo vertedero que había encontrado en la parte de atrás y que estaba excavando. Cuando estaba triste, sacaba las recetas familiares, normalmente las que más mantequilla necesitaban.

Sus ojos grises se cruzaron con los de Nate durante un segundo, lo suficiente para que éste supiera que la visita de Poe no había sido idea de ella. Sarah llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta, descalza incluso para tomar pastel de melocotón con el Presidente.

Por agradable que fuera la noticia, el arresto de Janssen había revivido el trauma de los acontecimientos de la primavera pasada. Su hermano mellizo

herido de bala en Central Park, un asesino suelto en Night's Landing, la casa en Tennessee de la familia Dunnemore, su refugio. John Wesley Poe había crecido en la casa de al lado.

Sarah era rubia y hermosa, y Nate, alto, delgado, impaciente; odiaba que aquellos días oscuros planearan sobre la cabeza de Sarah. Pero había aprendido que Sarah Dunnemore no era una intelectual que quisiera mantenerse al margen de la vida. Ella se sumergía, a veces, sin mirar.

—Me he pasado para ver cómo se había tomado Sarah la noticia del arresto de Janssen —dijo Poe—. Y Rob. Me preguntaba cómo estaría.

—No he hablado con él todavía —dijo Sarah—. He llamado a mis padres hace un rato. Están bien.

—Traté de localizar a Rob antes —dijo Nate—, pero no contestaba al móvil. Le he dejado un mensaje.

—¿Cómo se está recuperando de sus lesiones? —preguntó Poe.

—Lo lleva bien —dijo Sarah—, pero está frustrado porque la recuperación le ha llevado más de lo que se esperaba. Al menos, ha vuelto a su entrenamiento de triatlón.

Nadar, correr, montar en bici. A todos los efectos, Rob estaba tan en forma como antes del tiroteo. Pero había tenido que soportar el acoso de los medios de comunicación durante semanas. Ya todo el mundo sabía que se había graduado en Georgetown y que hablaba siete idiomas, que él y su hermana melliza eran como los hijos que el presidente Poe nunca había tenido. Frecuentemente, Rob era descrito en los medios como un niño mimado universitario, pero nada en él era tan simple.

—¿Ha vuelto a la calle? —preguntó Poe.

—Todavía no —dijo Nate negando con la cabeza.

El Presidente suspiró profundamente.

—Me preocupo por él.

Lo cual Nate sabía que Rob odiaría. Sarah también lo sabía, pero asintió comprensivamente.

—Es difícil no preocuparse.

—El arresto de Janssen despertará la curiosidad de los medios de comunicación de nuevo. Odio ver cómo pasa por ello. Removerán todo lo que ocurrió en mayo —dijo Poe—. También te llamarán a ti, Sarah. Y a tus padres.

—La policía ha enviado a alguien a Night's Landing por si acaso todo se vuelve una locura. Si aparecen aquí periodistas, me ocuparé de ellos —sonrió y chupó la cuchara—. Haré que Bobby Lee o Abe hablen con ellos.

Nate observó cómo Poe se obligaba a relajarse.

—Nunca sé cuándo hablas en serio y cuando…

—Cada residente de esta casa desde 1875 jura que los dos habitan el lugar. Eso me lo tomo en serio —Sarah se puso en pie y agarró su cuenco—. ¿Vas a comerte el pastel, Wes? Porque, si no, lo meteré en la casa antes de que se llene de moscas. Aquí no se malgasta el pastel de melocotón.

—¿Puedo llevármelo? —preguntó Poe con una sonrisa.

Sarah se entusiasmó. Tenía un doctorado en Arqueología y tenía acreditaciones por todos lados; aun así, le encantaba que la gente alabase su comida.

—Iré a envolverlo.

Cuando oyó que la puerta de malla metálica se cerraba, Wes suspiró y su sonrisa desapareció.

—Nate, espero que le digas a Rob que puede llamarme cuando quiera. Me aseguraré de que lo pasen conmigo.

—Él ya lo sabe —dijo Nate.

—Me gustaría pensar eso. Me gustaría pensar que, ahora que la relación entre nuestras familias se ha hecho pública, su vida no se eche a perder.

Nate no tenía ni idea de qué decir.

Había un agente del servicio secreto de pie junto a los escalones del porche.

Era hora de que Poe se marchara.

—Sarah y tú sois buenos el uno para el otro —dijo el Presidente mirando hacia la puerta de malla metálica—. Cuando os caséis… —negó con la cabeza—. Bueno, no importa.

Nate pensó que entendía lo que Poe quería decir.

—Querremos que formes parte de nuestras vidas. Los dos.

—Gracias —dijo Poe con un suspiro.

—Rob…

—Rob es otra historia. Siempre lo ha sido.

Después de que Poe se hubiera marchado con su séquito de agentes del servicio secreto y su porción de pastel de melocotón, Nate encontró a Sarah en la cocina, ojeando las recetas de su abuela. Dado el surtido de ingredientes dispuestos sobre la mesa, estaba buscando algo que llevara tanto crema de champiñones y mayonesa.

—No creo que mis arterias puedan soportar lo que vayas a preparar —dijo él rodeándola con los brazos.

—Me falta un ingrediente —dijo ella echando las latas a un lado.

—¿Puedo preguntar cuál?

—Castañas.

Nate subió los brazos por su cintura hasta llegar a sus pechos y dijo:

—¿Crees que a Abe y a Bobby Lee les importará que hagamos el amor a estas horas?

—Si pienso en ellos mirándonos…

—No sé, podría ser divertido. Un cuarteto…

Sarah le dio un codazo en la tripa y Nate se rió, levantándola del suelo y apartándola de la cocina. Suponía que podía quitarle el estrés de otras formas.

Rob se levantó de la cama a las seis en su apartamento en el primer piso de un bloque de Brooklyn, se puso unos pantalones cortos y una camiseta y salió a recoger el periódico de la mañana. Había ignorado los mensajes de los periodistas en su buzón de voz al llegar a casa la otra noche.

Una mujer con mayas de ciclista estaba en su puerta.

—¿Agente Dunnemore? Me llamo Patty. Me gustaría hablar con usted sobre el arresto de Nicholas Janssen ayer en Holanda.

Ni apellido, ni credenciales. Una trabajadora por cuenta propia. Parecía lo suficientemente joven como para ser estudiante de periodismo. Estaba sudando y jadeando, señalando que había pedaleado para llegar a él, lo que significaba que no vivía cerca.

Rob recogió el periódico y observó que la noticia del arresto de Janssen ocupaba toda la primera página. Menuda sorpresa.

Patty frunció el ceño al ver que no respondía.

—¿Ha hablado con el presidente Poe sobre el arresto?

Su mirada se centró en el lugar en el que se en-

contraba su cicatriz, bajo la camiseta. Todo el mundo conocía los detalles de su lesión. Habían mostrado diagramas sobre el trayecto de la bala en televisión. Los médicos habían hablado sobre su pronóstico, su recuperación, sobre cómo la gente podía llevar una vida normal sin bazo.

—Hace una buena mañana para montar en bici —dijo él—. Hasta luego, Patty.

No quería cerrarle la puerta en las narices, pero sus otras opciones, incluyendo la de hablar con ella, eran incluso menos apetecibles. Cuando volvió a subir al apartamento, miró por la ventana del salón y vio cómo la chica le hacía un corte de mangas desde la bicicleta.

Una profesional.

De ninguna manera iba a salir a montar en bicicleta. Ni a correr. Ni siquiera a nadar en la piscina. Habría más periodistas a los que enfrentarse. Había sido disparado y su familia había estado a punto de quedar destruida por su conexión con el Presidente. Durante meses, la prensa lo había acosado sin parar.

Pero, por fin, Janssen estaba bajo custodia.

Gracias a un anónimo enviado a una agente de seguridad diplomática que llevaba tres semanas en el trabajo.

Algo en todo ese asunto no le olía bien a Rob. Se dio una ducha, se vistió y se dirigió al trabajo, pensando en lo extraño que era todo lo que había sucedido al otro lado del Atlántico.

Consiguió atravesar la horda de periodistas apostados frente al edificio federal en el que estaba situada la oficina del distrito sur de la policía de Estados Unidos. Cuando llegó a su mesa, una pila de mensajes de los periodistas lo aguardaba.

Periodistas y un día entero de papeleo. Maldijo en voz baja y tiró todos los mensajes a la papelera.

Mike Rivera apareció en la puerta de su despacho y le hizo gestos para que se uniera a él. Rob dudaba que fuera porque su jefe fuese a mandarlo de nuevo a patrullar las calles. Un hombre de cincuenta y pocos años con rasgos de buldog que su mujer parecía adorar, Rivera era respetado, pero no fácil de tratar. No le gustaría tener a los periodistas en su oficina todo el día acosando a sus agentes.

—Cuéntame —dijo Rivera—. ¿Quién te ha llamado?

Rob se sentó en una silla de plástico y dijo:

—Muchos periodistas. No he hablado con ninguno de ellos. No hay mucho que decir.

—Podemos emitir un comunicado. Probablemente no sirva de mucho mientras dure todo este frenesí, pero podemos intentarlo. ¿Quieres estar disponible para entrevistas, emitir tú el comunicado o algo?

—No.

—Ya me imaginaba.

—Quiero hacer mi maldito trabajo.

—Sí, bueno —dijo Rivera—, tendrás que estarte quieto durante un par de días hasta que se aclaren las cosas sobre el arresto de Janssen.

—Llevo estándome quieto desde mayo.

—Has estado recuperándote de una maldita herida de bala que estuvo a punto de matarte.

—No me mató —argumentó Rob sin perder la calma—. Estoy listo para volver a patrullar. No quiero que nadie me mime.

—¿Quién diablos te está mimando? No querrás ir demasiado deprisa y darte de bruces con…

—¿Con qué? ¿Con un ordenador?